

## El Ángel/Reforma, 26 de abril de 2009

Escalera al Cielo

Novela sobre lo atroz

Por Sergio González Rodríguez

Después de la extraordinaria novela de Carlos Busqued *Bajo este sol tremendo* (Anagrama), distinguida en el Premio Herralde de novela 2008, se puede ratificar la presencia de un punto de fuga irreversible y potente en la narrativa de América Latina que comenzó a plantearse ya desde tiempo atrás, y que tiene su vanguardia en el Roberto Bolaño de *2666*: la apertura del campo literario a una recuperación del sentido trágico en la novela fuera del barroquismo, la hagiografía patria, lo telúrico, la vena revolucionaria, el color vernáculo y sus demás posibles maravillas de cariz positivo. Desde luego, dicho punto de fuga establece también un deslinde respecto de las aproximaciones que han querido reemplazar aquellos prestigios generacionales, y las deja muy atrás. Por ejemplo, la novela universalista o globalizada a la usanza del best-seller, el chiste o lo trivial como raigambre del lenguaje y horizonte único de la literatura, el relato anecdótico convertido en “obra de arte” textual, los apuntes íntimos, o el vitalismo y la narcosis, que se generalizaron entre nosotros y han muerto, al menos como tendencias de valor, en los últimos diez años. El punto de fuga se sitúa incluso al margen de las ironías en broma y plantea una ironía seria: sin doblez ni engaño, ni burla ni disimulo. Una radicalidad que, de no ser trágica, quizás despertaría en alguien descentrado una carcajada en toda su brutal revelación y sencillez, que de tan habitual parece una obviedad insoportable: los hombres sólo depredan a sus semejantes una y otra vez.

*Bajo este sol tremendo*, primera e insólita novela de Carlos Busqued, se ocupa de narrar una historia en alguna localidad argentina del presente: la vida somnolienta de una provincia fuera de lo céntrico, llámese urbe o fábrica, control o vigilancia, moral o policía, aunque éstos existan o pretendan existir. Una banda mínima, que dirige un ex militar, consume actos feroces que se amparan en el secuestro, la extorsión, el fraude, a su vez simple parapeto de prácticas abismales contra los cuerpos ajenos. El protagonista, un desempleado solitario, recibe un día el telefonema de un desconocido que le comunica la muerte de su madre y de su hermano en un confín distante. El viaje a la oscuridad le aguarda.

El examen de tal depredación cotidiana implica entrar en una materia de difícil manejo y comprensión generalizada: lo informe. Allí se encuentra lo que se rehúsa a las normas, en otras palabras, las perversiones, lo patológico, lo anómalo, la degradación y lo sucio carente de grandilocuencia y de salvaciones. La fuerza sutil y corruptora de cualquier anhelo o esperanza. El óxido que corroe el principio evolutivo, la negatividad que destruye y se devora a sí misma debajo de la superficie de los formalismos culturales y políticos.

Carlos Busqued, que ha sido guionista de la radio, aborda los desbordamientos de lo atroz en la mente perversa que destruye las figuraciones de las imágenes televisivas, o de la pornografía, de la chatarra noticiosa, la nota roja y otras narrativas zafias. Estos fermentos de la cultura masiva, de la que forma parte ya la toxicomanía, mera respuesta animal ajena de una vez por todas ajena a la ideología de la contra-cultura, están lejos de disiparse en el aire: por el contrario, se arrinconan y engrosan la materia de lo informe que un día brota y devasta su entorno. Al igual que los insectos gigantes y letales traen la muerte de una víctima en un plazo perentorio. La materia a la que se aproximó Georges Bataille en su *Diccionario crítico* y refiere a lo “Informe”, al afirmar que el universo se parece a nada, ya que es como una araña o un escupitajo, y que

recuperaría Yve-Alain Bois para recordar que la operación que realiza lo informe destruye cualquier metáfora, figura, tema, morfología, significado unitarios. En cambio, siembra una arruga irreverente: la nada que no es otra cosa sino desechos

Mediante un excelente relato neutro, distanciado y, por lo mismo, tajante y complejo, Carlos Busqued sitúa un mundo que podría ser la ilustración de los sueños y las pesadillas continentales si no fuera tan sólo una de las ramificaciones estremecedoras de su novela: “Aunque seguía dedicando mucho tiempo a mirar televisión y a la contemplación del ajolote, se entretenía algunas horas por día clasificando la basura: completamente drogado, sentado en un banquito, iluminado con una lamparita de cien watts en una base portátil, revisando y embolsando las cosas y sorprendiéndose apagadamente por la amplísima variedad de porquerías que se acumulaban: placas viejas de circuitos integrados, carcassas de monitores de pc (incluso un par de monitores enteros), bolsas con resortes, ropa vieja arrugada, juguetes rotos, macetas con tierra reseca, exhibidores de chicles para quiscos, botellas viejas, vasos plásticos de yogur y dulce de leche apilados unos adentro de otros, bolsas con cabezas de muñecas de goma, electrodomésticos que no funcionaban, jaulas desfondadas para canarios”. La sinfonía post-barroca de lo cotidiano y su gesta abyecta.

Al acercarse a lo informe y su efecto expansivo, Carlos Busqued despliega el reverso de la estetización y lo cosmopolita contemporáneos, donde el exterminio de las personas, la violencia sexual, el desvarío cruel, la vía criminal componen un orden inverso entrelazado con la vida normal y ajeno por completo al rasgo político en su cariz altruista. En contraste, se alude al aspecto político de la pornografía que nos negamos a ver, tal como lo definió J. G. Ballard, el gran cronista del horror contemporáneo recién fallecido, cuando señalaba que la pornografía es la forma de ficción más política, la que muestra cómo nos utilizamos y explotamos los unos a los otros de manera compulsiva y despiadada. Los despojos del tiempo.